

## LOS MOMENTOS PERDIDOS DE LA HISTORIA

Traducción de J. HERNÁNDEZ CAMPOS

*Considerar las posibles consecuencias de que la historia hubiera sido de otro modo no es tan ocioso como se ha pretendido, sobre todo cuando, como lo hace Trevor Roper, se ponderan críticamente los factores que llevaron a cambios que son el resultado de ciertas decisiones o acontecimientos humanos que en sí mismos no eran necesarios. El autor nos propone*

*cuestionar y enfrentar las alternativas del pasado, considerándolo como un ente vivo. En un análisis así, vuelve a verse el hombre con libertad de opinión y en tres dimensiones, rescatado del documento inerte y amarillo. De esta forma, la historia cumple su función más importante: la de auxiliar para entender el mundo y el lugar que en él ocupamos.*

I  
LOS MOMENTOS PERDIDOS de la historia... Debo este concepto a quien ha sido la más estimulante y original historiadora de las ideas, la finada Frances Yates. Aparece en su libro sobre los tapices Valois, cuya gran serie se encuentra en Florencia, tejidos hacia 1580 para Catalina de Médicis, reina madre de Francia, la torturada Francia de las guerras de religión. Fueron tejidos en los Países Bajos, por entonces en rebelión contra España. A juicio de Frances Yates fueron un regalo de Guillermo de Orange, cabeza de la rebelión, a la Reina; pero esta circunstancia no tiene pertinencia a mi propósito. Lo que sí es pertinente es el hecho de que, registrado directamente o no por los tapices, esa coyuntura correspondía a un gran "momento", es decir — puesto que la palabra la empleo aquí en su estricto sentido clásico—, a un gran viraje de la historia de Europa, a ese punto en que parecía que la lucha por los Países Bajos iba a encontrar una solución. Ese momento fue el siguiente a la celebración de la llamada Pacificación de Gante de 1576.

Si esa pacificación hubiera sido confirmada, y hubiera durado, si el erasmiano Guillermo de Orange hubiera podido instalar a un príncipe francés, el duque de Anjou —casado (según se esperaba) con la reina Isabel de Inglaterra—, como protector de los todavía divididos Países Bajos ¡qué distinta hubiera sido la historia de Europa! Probablemente hubiera sido posible revertir o drenar la marejada de la guerra de religión, y se hubiera preservado la vieja unidad borgoñona de los Países Bajos —corazón económico y cultural de Europa del norte—; y se hubieran podido llevar a la realidad los ideales ecuménicos que habían sufrido daños

pero no habían sido destruidos aún. En tales condiciones hubiera sido posible poner en marcha un proceso que, de haber resultado continuo, y de haber sido favorecido por la fortuna y la habilidad de sus actores, hubiera transformado la historia y quizás hubiera evitado a Europa la terrible experiencia de la Guerra de Treinta Años.

Por supuesto, lo que hubiera podido ser no fue y es inútil especular al respecto. La historia está pletórica de sorpresas y si perdemos la capacidad de sorprendernos ante lo que nos depara, habremos perdido la comprensión de su sentido. La Pacificación, tan esperanzadora en su principio, se vino abajo. Pero al reflexionar sobre lo que aconteció realmente en la historia no debemos olvidar las ideas, las esperanzas, y acaso las ilusiones que son también una porción de su substancia. "Esa hora perdida y olvidada de la historia", como la llama Frances Yates, marcó la última tentativa seria, y quizás práctica, de restaurar y probablemente proseguir la unidad histórica de los Países Bajos. Su fracaso hizo que se reanudara la lucha de partidos, las potencias europeas se involucraron aún más profundamente en la guerra, se agudizó la polarización religiosa y, al final, de las ruinas resultantes emergieron dos estados nuevos, diferentes y antitéticos entre sí. A tal punto que, cuando en 1815, en la gran reorganización de Europa consiguiente a la derrota de Napoleón, se les volvió a unir, era demasiado tarde. La unión, otrora natural y orgánica, resultó artificial, tanto que, quince años después, los dos países, ya entonces conocidos como Bélgica y Holanda, se dividieron espontáneamente. Y divididos continúan el día de hoy.

Bien, pero ¿no es acaso cierto que siempre estuvieron divididos? ¿Acaso no eran, incluso en el siglo XVI, aunque superficialmente unidos por el gobierno imperial, dos naciones diferentes, una germánica, la otra

latina, que hablaban idiomas diversos? ¿Y no se evidenciaba esta diferencia racial fundamental en su elección de dos religiones distintas, el protestantismo en el norte germánico y el catolicismo en el sur latino? ¿No era por lo tanto casi inevitable su separación, el simple reconocimiento de una realidad hasta entonces enmascarada?

Esta fue la tesis sostenida durante el nacionalista siglo XIX, pero no hoy día, a mi juicio. Las pruebas no lo abonan. Ni el protestantismo era natural para los holandeses, ni el catolicismo lo era para los belgas: a decir verdad, era exactamente lo contrario. Fue el sur avanzado, las ciudades industriales y mercantiles, de Flandes y Brabante, y no el norte atrasado, el primero en ser ganado por el protestantismo. Con otra circunstancia, que el protestantismo que lo ganó no fue el luteranismo germánico sino el calvinismo francés. Fueron los azares de la guerra, la conquista de la indefendible llanura meridional por los invencibles tercios españoles, lo que empujó al calvinismo a refugiarse en las tierras más seguras allende los ríos. Y fue esa misma conquista militar, así como los límites de la conquista, lo que causó la división política del país, además de que fijó su división de acuerdo con líneas militares, no raciales ni lingüísticas. La división religiosa no precedió a la división política, sino que la siguió. Una vez consumada, los católicos emigraron hacia el sur y los protestantes hacia el norte. De esa manera, dos culturas distintas confirmaron la antítesis de dos nuevos estados distintos.

Este ejemplo histórico de la bisección permanente de un país por efecto de ciertos acontecimientos específicos, se convirtió para mí en una experiencia viva en 1945, cuando presencié la división de Alemania y especulé acerca de su futuro. Hasta entonces, la unidad política de Alemania había sido un hecho evidente, el logro irreversible (así parecía) del siglo XIX. Pero ahora, mientras los ejércitos rivales de los aliados avanzaban desde el este y el oeste, el Estado que, a semejanza de los Países Bajos en el siglo XVI, había sido el corazón económico de Europa, fue partido quirúrgicamente. En un principio, se dio por supuesto que la partición, hecha con arreglo a trazos artificialmente fijados por el balance de potencias externas, sería provisional. O sea, que una vez puesto nuevamente de pie el país, después de haber sido purgado y democratizado, las fuerzas de ocupación (se decía) se retirarían, de modo que la unidad "natural" de Alemania sería restaurada, si bien con algunas modificaciones en el este.

Sin embargo, eso no fue lo que sucedió. Con el paso del tiempo, a medida que se evidenciaban las diferencias entre los aliados, la esperada reunificación fue pospuesta. Mientras tanto, en uno y otro lado de la frontera, cada vez más fortificada, echaron raíces sistemas sociales y políticos antitéticos. Hoy día, cuarenta y tres años más tarde, pocos alemanes tienen recuerdos personales de una Alemania unida. Si las instituciones antitéticas perduran —si sobreviven a la ideología que las plasmó y adquieren una estabilidad propia— ¿quién

puede afirmar que esta nueva división de Alemania no puede ser tan permanente como la división de Bélgica y Holanda en el siglo XVI? Porque es así como se crean fronteras permanentes y naciones distintas.

He tomado mi ejemplo de un episodio sacado de la historia del siglo XVI, esto es, la falla que impidió preservar la unidad histórica de los Países Bajos. Pero independientemente de nuestro punto de vista sobre esa falla (y en verdad que las opiniones al respecto no escasean) podemos considerarla como un ejemplo de los momentos perdidos de la historia. Lo que quisiera significar con eso es un momento que no sólo marca un retroceso táctico en un determinado periodo histórico (dado que tales momentos se pierden y se ganan continuamente), sino un cambio de dirección de largo plazo, un cambio que, además, podía no haber ocurrido, que no fue una necesidad histórica, una consecuencia dictada por el destino, sino, en principio, el resultado de ciertos accidentes o decisiones o acontecimientos humanos que en sí mismos no eran necesarios, de modo que todo podía haber ocurrido de otra manera.

La respuesta la conozco, claro está, y puedo oír las objeciones. Las lecciones de la historia, se dirá, se deben deducir de lo que ocurrió realmente, no de lo que no ocurrió. Y por supuesto debo admitir la verdad de esto. Cualquier historia alternativa que esté en nuestra capacidad plantear será, por fuerza de circunstancias, una pura hipótesis. Y sin embargo, en un cierto sentido, esas hipótesis también son necesarias; porque las alternativas que en un determinado momento se planteaban, eran reales para el entendimiento de quienes las rechazaron o no supieron captarlas; eran un elemento, intangible pero real, de la situación histórica total; de modo que ¿cómo podremos reconstruir la realidad de una coyuntura histórica, o aprender de ella, si no las tomamos en cuenta? Sólo si enfocamos los acontecimientos en un escenario de alternativas que compiten entre sí podremos sostener que nuestra historia es objetivamente verdadera.

Sólo así se podrá considerar viva. Una investigación histórica pormenorizada es indispensable para los estudios históricos, pero no es en sí misma la finalidad o el propósito de dichos estudios. Podemos sumergirnos en archivos sin fondo al objeto de corregirnos recíprocamente, con base en minucias de historia local o social o diplomática, pero si nos quedamos en eso ¿quién, aparte de quienes se hayan sumergido a la par con nosotros, querrá tomarse el trabajo de examinar nuestros hallazgos o aprender de ellos, si es que hay algo aprendible? Sólo si nos enfrentamos a la historia mirándola por igual hacia adelante y hacia atrás, desde el punto de vista de los contemporáneos para quienes todas las opciones estaban, o parecían, abiertas, sólo entonces podremos verla, por así decirlo, espectroscópicamente, sentir que formamos parte de ella, que sus protagonistas son personas reales, de tres dimensiones, no planas, que se desplazan en un mundo igualmente tridimensional, y con libertad de opción, por muy limitada que ésta sea.

Habiendo dicho lo anterior ¡qué peligrosa puerta acabo de abrir! Semeja la puerta de un aeroplano en vuelo. De pronto, un espantoso abismo ante nosotros: un vasto espacio vacío y allá, muy lejos, abajo de nosotros la amenazante dentadura de unas cumbres tan pedradas como torvas que perforan las nubes, o sea, los dientes de todos esos críticos y reseñadores en espera de su presa. Sobresaltados, en el temor de ser expulsados del avión, tratamos de cerrar la puerta. Cuánto más seguro es quedarse dentro, en el santuario climatizado de los textos aceptados, sin más veleidad que echar de vez en cuando un vistazo, a través del espeso cristal de la ventanilla, al panorama, que ahora nos parece llano. ¡Y con qué razón! Porque, la verdad sea dicha, hay ocasiones en que nosotros somos esos críticos, y en que esos mellados picos son nuestros dientes. Permítaseme por lo tanto reducir el peligro enfrentando algunas de las objeciones legítimas que podrían plantearse y reconocer algunas de las fuerzas que limitan la libertad de nuestras especulaciones. Empezaré repeliendo dos falacias de carácter general que, a mi juicio, descalifican cualquier especulación basada en ellas.

En primer lugar está la falacia según la cual podemos, por así decirlo, frenar retrospectivamente la historia, congelarla en el momento de su llegada a un punto que nos resulta satisfactorio; que la alternativa al movimiento en una dirección —la dirección efectivamente tomada— es la preservación y la perpetuación del statu quo. Se trata de una falacia común que no siempre es retrospectiva. ¡Cuántas veces hemos visto naciones belicistas convertidas a un ideario pacifista una vez que han completado sus conquistas y empiezan a recelar que no podrán conservarlas por mucho tiempo! Quisieran congelar la historia de acuerdo con los términos que a ellas les conviene, de manera de disfrutar sin inquietudes su posesión del futuro, vivir, como si dijéramos, al modo de *rentiers* cómodamente respaldados por el capital que los predecesores les dejaron en herencia luego de haberlo acumulado con grandes trabajos. Eso es lo que los estudiosos de la historia hacen a veces con el pasado.

En una de mis mutaciones tuve como colega a un distinguido erudito de criterio más bien conservador —yo lo situaría en algún punto entre el príncipe Metternich y el desaparecido Evelyn Waugh— que gustaba de reordenar el pasado de acuerdo con sus ideas. Uno de sus temas más manoseados era el de que la primera guerra mundial había sido ganada por "el bando equivocado". Piensen ustedes —sóla decir— en los beneficios consecuentes a una victoria alemana en esa guerra. En lugar de la democracia liberal, que no ha hecho más que deteriorarse desembocando en socialismo, comunismo y lo que ustedes quieran, se hubieran preservado, restaurado y consolidado las viejas jerarquías feudales de Europa, bajo el firme patrocinio de unos emperadores Hohenzollern de mentalidad derechista instalados en Berlín. De ese modo, en la actualidad disfrutaríamos el mejor de los mundos posibles, un sistema monárquico estable que nunca habría conocido ni el comunismo ni el fascismo, ni Stalin ni Hitler. ¡Cuán desastrosos

—desde el punto de vista de esta filosofía— resultaban esos momentos perdidos de la historia, el "milagro del Marne" en 1914, o el fracaso de la última ofensiva alemana de 1918!

Un argumento tal tipifica una forma errónea de "historia alternativa". Parte del supuesto de que la historia no tiene por qué avanzar, de que es posible pararla. Que si hubiera sido posible obturar el canal por el cual la hemos visto fluir, el flujo se hubiera detenido y, en lugar de resbalar por peligrosos rápidos o precipitarnos cabeza abajo por una catarata, nos hubiéramos encontrado remando plácidamente y para siempre en un lago tranquilo. Pero detener la historia no se puede. La historia se mueve. Tiene que moverse. Y si se la bloquea en una dirección, se va por otra, aunque controlada de todas maneras por la configuración del paisaje. Sólo en las mentes soñadoras de pensadores nostálgicos o utópicos la historia se detiene —siempre en los términos de ellos— sin hacer mucho caso del paisaje.

En cuanto a la nostálgica argumentación de mi antiguo colega yo concordaría en un punto. Yo estaría dispuesto a reconocer que, si no hubiera estallado la primera guerra mundial, no hubiera habido lugar para un Stalin o un Hitler. Pero inmediatamente quisiera añadir que, desde el momento que estalló, no hay razón alguna para suponer que una victoria alemana hubiera vuelto al mundo más seguro para una reacción feudal que lo que la victoria aliada lo hizo para la democracia liberal. Los resultados no se conforman necesariamente a las intenciones. Y yo solicitaría la atención de mi ex colega para las palabras de Fritz Fischer, historiador alemán de los objetivos alemanes en la primera guerra mundial. De haberse alcanzado esos objetivos, escribe Fischer, hubieran "infalliblemente" impuesto a los pueblos de la Europa del este y el oeste "una hegemonía intolerable", con lo cual "hubieran establecido un cúmulo terrible de material explosivo para nuevos conflictos". Aun siendo verdad que en esas circunstancias ningún Hitler hubiera surgido en una Alemania victoriosa, hubiéramos podido ver su equivalente en la In-

ENRIQUE CLARRETA



glaterra vencida o en la derrotada Francia; y es posible que una reflexión así tenga en nosotros el efecto de una llamada de atención, al hacernos volver la vista sobre nuestra historia para hacernos descubrir en ella unas semillas latentes que, por fortuna, no llegaron a germinar.

Lo mismo podría decirse de la segunda guerra mundial. ¿Qué hubiera ocurrido de haber ganado Hitler? Sus objetivos de guerra eran bien claros: a diferencia de los de sus predecesores de 1914 no tuvieron que esperar cuarenta años para revelarse. En los años de su victoria fueron expuestos en todos sus aterradores detalles; implícitamente en documentos de estado, explícitamente en sus conversaciones de sobremesa. Un imperio de explotación se extendería por Eurasia, bajo una clase alemana dirigente, única dueña de la riqueza, la educación y las armas, que ejercería un dominio inmisericorde sobre una población indígena de desorganizados ilotas rurales. Y este imperio debía durar mil años. ¿Hubiera podido durar treinta? No dudo que hubiera sido posible establecerlo. Pero ¿cuánto tiempo lo hubieran tolerado los sometidos, o hubieran podido sostenerlo los conquistadores? ¿Hubieran tenido los alemanes de la siguiente generación, no moldeada ni endurecida por la lucha para crear el imperio, la voluntad suficiente para perpetuar el sistema o pagar el alto precio de extinguir los fuegos que estallarían sin cesar? En estos últimos años hemos comprobado que pueblos pequeños pueden derrotar a grandes imperios, o que éstos son vulnerables al terrorismo. Las generaciones cambian, y con ellas las mentalidades; a las épocas de lujo y mollicie siguen tiempos de heroicos esfuerzos. El arco de Apolo no siempre está tendido.

Hasta aquí de la primera falacia, la idea de que es posible frenar y congelar la historia, que la alternativa a lo acontecido es un no - haber - acontecido, la preservación por así decirlo, en vinagre, del estado anterior de cosas. Menciono esto porque parece ser el credo filosófico de una nueva escuela de historia, o mejor dicho —puesto que se muestran dispuestos a aceptar aliados marxistas, siempre que no se salgan de su lugar— de historiadores antiliberales para quienes en Inglaterra (única preocupación suya) nada de lo sucedido desde 1640 debía haber sucedido; que nuestro *ancien régime* (el cual por fortuna, dicen, sobrevivió a esos "petulantes estallidos" que fueron las revoluciones inglesas del siglo XVII) aún estaría con nosotros de no haber sido socavado por los filósofos de la Ilustración, o si los estadistas que nos gobernaron de 1829 a 1832 no lo hubieran dejado caer por debilidad o lo hubieran destruido deliberadamente.\* Lo siento mucho, pero a mí este "escenario" no me convence.

\* Me he ocupado, de pasada, de esta secta neo - conservadora (o por mejor decir, neo - jacobita) de historiadores ingleses (en su mayoría de Cambridge) en mi reseña de la obra de M. Cowling, *Religion and Public Doctrine in Modern England* (*The New York Review*, 13 marzo, 1986). Su más activo y áspero propagandista es el señor J. C. D. Clark cuya frase he citado.

Una segunda falacia, más insinuante, es aquella según la cual, en una crisis histórica, solamente hay dos alternativas, o sea, las que chocan en ese momento. Esta falacia es particularmente atractiva para los políticos fracasados. A lo largo de mi existencia he tenido la oportunidad de hablar con dos de esos políticos, cada uno de los cuales había podido disfrutar de un ocio suficiente para cultivar tan confortante idea. Uno de ellos era Alexander Kerensky, el primer ministro liberal de Rusia, de agosto a noviembre de 1917. En el curso de una breve conversación que tuvimos poco después de la segunda guerra mundial, Kerensky, como era de esperar, se espació en los lejanos días de su gloria, cuando Lloyd George lo saludó como el salvador y el reformador de su país y al hacerlo daba a entender por implicación que si Lenin lo había desplazado era por un simple azar. Si mal no recuerdo, desventuradamente alguien no se había presentado a una reunión decisiva de algún comité.

El otro político era Sayyed Zia al - Din, quien en febrero de 1921, en alianza con Reza Khan, comandante de la guardia cosaca, se hizo a sí mismo primer ministro revolucionario de Persia, sólo para ser desplazado, como Kerensky, tres meses después, por su formidable socio. Cuando lo conocí, treinta años más tarde, el "infame primer ministro de 1921", como se lo ha llamado, era un afable anciano que vivía en retiro como asesor en materia de jardinería del rey Ibn Saud, de Arabia. También él habló largo y tendido sobre sus tres meses en el poder, que le habían servido al menos para meter en la cárcel a casi todos los políticos persas, con la desafortunada excepción de Reza Khan, quien acto seguido, por efecto de algún desdichado azar, pudo sacarlo a puntapiés para hacerse Shahanshah hereditario de Irán. He olvidado la naturaleza del desdichado azar; parece haber tenido cierta relación con los diferentes estilos de tocado que usaban los miembros del gabinete. Se me daba a entender que, de no haber mediado estos dos accidentes, ni los bolcheviques se hubieran hecho con el poder en Rusia, ni la dinastía Pahlevi hubiera reinado en Persia. Kerensky y Sayyed Zia hubieran gobernado en su lugar. Estas inocuas fantasías nos hacen sonreír; desde el punto de vista psicológico pueden ser entendibles, pero desde el político no convencen. La historia no permite que le impongamos una opción tan limitada. Pero el hecho de que no aceptemos que estas eran las alternativas prácticas no nos autoriza a pensar que no existía alternativa alguna a las dictaduras de Lenin y Reza Shah.

Hasta aquí de las falacias generales de aquellos a quienes su imaginación, sus prejuicios o su vanidad, han dado libertad. Se trata, en lo esencial, de fantasías románticas, o sea, consoladoras, escapistas, utópicas. Pero incluso en el mundo real nuestra libertad está muy limitada. Hay murallas en las cuales el más grande estadista no puede abrir brecha y que el historiador no puede hacer desaparecer con sólo desearlo. Por siglos los hombres han tratado de definir y entender esas murallas. En un principio las murallas eran eclesásticas: se pensaba que la historia estaba determinada por la

Divina Providencia y revelada por las profecías. Posteriormente, cuando esas murallas fueron derribadas, o se desmoronaron por efecto de las disputas internas de los encargados de su mantenimiento, hubo un período de "pirronismo" y libertad al que siguió la aparición de otras murallas, más seculares, erigidas en competencia sobre todo entre arquitectos alemanes: el espíritu universal de Hegel, el materialismo dialéctico de Marx, la teodicea histórica de Gustav Droysen, la *Weltgeschichte* metódica, autocorrectiva de Leopold Ranke, las civilizaciones rotatorias de Spengler y Toynbee (un alemán honorario). Murallas todas ellas bastante lúgubres, o por mejor decir muros de prisión, de ciclópea estructura, con alambre de púas en el remate y efiges de los arquitectos con la mirada censoria vuelta hacia los altos pasillos desiertos. Pero también hay otras estructuras más elegantes y refinadas que casi todos aceptamos, y han sido sistematizadas en nuestra época en Francia.

Me refiero a la llamada escuela de los *Annales*, esa escuela cuya gran obra fue realizada en sus años iniciales, cuando sus maestros —auténticos discípulos de Montesquieu, como todos los grandes historiadores modernos— presentaron los acontecimientos históricos encerrados pero no aprisionados dentro de muros sucesivos, algunos más apabullantes que otros, de datos geográficos, económicos, sociales, intelectuales. En aquellos días qué agradable, más todavía, qué fascinador resultaba, cuando los *Annales* aún eran legibles, discurrir por aquellos patios multicolores, con sus graciosas columnatas y sus ocasionales aperturas sobre el rutilante mar Mediterráneo. Porque, claro está, me estoy refiriendo en particular al más famoso producto de esa escuela, el *Mediterráneo*, de Fernand Braudel, el primer trabajo, creo, que trató en conjunto al Mediterráneo como una unidad geográfica durante un lapso del largo período en que estuvo políticamente dividido entre dos culturas antitéticas: el cristianismo y el Islam. O sea, otro tipo de esa fractura artificial y prolongada de que antes los Países Bajos y hoy Alemania y Corea son ejemplos posteriores.

He escuchado objeciones en el sentido de que el libro de Braudel sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II tarda un tiempo muy largo para llegar hasta Felipe II. Todos esos materiales, sobre geografía, imperios, rutas comerciales, oro y plata, pimienta y precios... Pero ¿acaso no es precisamente esto lo que constituye el carácter de la obra e ilustra su filosofía? Otros historiadores sacan por delante a los políticos, como si fueran ellos quienes dominan el escenario. Por varios siglos, Felipe II lo dominó en calidad de héroe o de villano; por un lado el tenebroso, fanático de los protestantes, por el otro el agobiado titán de los historiadores católicos. En cambio en Braudel lo vemos tomar su sitio en un escenario predispuesto, para asumir las inmensas responsabilidades de un imperio mundial que se veía amenazado en uno de sus puntos vitales, que exigía la toma de cien decisiones, pero en el cual su libertad de opción estaba obstruida y topaba con el límite no sólo de sus instintivas vacilaciones y su lenti-

tud, sino de todo un complejo de fuerzas tangibles e intangibles, es decir, los hechos brutos de la geografía y la economía, o las invisibles pero no menos coercitivas presiones de la mentalidad y la razón de Estado.

Constrañido por estas limitaciones, el más poderoso monarca de su tiempo bregó durante cuarenta años para gobernar medio planeta, sentado en su colosal y severo monasterio —palacio de El Escorial, escribiendo, escribiendo y escribiendo —el rey papelero, le llamaban— con sus dos devotas hijas, las infantas, de pie junto a él, listas para echar arena sobre la tinta. Antes de que podamos juzgarlo a él o a sus decisiones, o considerar las alternativas a éstas, o sugerir paralelos, es preciso que reconozcamos estas restricciones y estos límites, y que a la par con él los aceptemos como escarmiento. Quizás entonces entenderemos por qué Felipe II trató de cortar el nudo gordiano y ordenó el asesinato de Guillermo de Orange y de (siempre que fuera posible llegar a ella) la reina Isabel. Y ¿por qué no? Como le dijo el cardenal Granvelle, su gran ministro: "Todos los príncipes italianos lo hacen". Tenía la suprema justificación: la razón de Estado.

La razón de Estado... ¡qué vanidad suponer que ninguna virtud privada puede prevalecer sobre ella! El gran ejemplo clásico moderno es sin duda alguna Alemania, que además, como era lógico, produjo a Friedrich Meinecke, su teórico clásico moderno. Piénsese en la Alemania del siglo XVIII, una sociedad fragmentada cuyo único vínculo era su cultura común. No era una organización política, sino un *Kulturvolk*. Cuando después del brutal impacto de Napoleón pidió una caparazón política para proteger esa cultura, se definió a sí misma como un *Kulturstaat*: un Estado todavía definido no por la política, sino por la cultura. Sin embargo, por desdicha, un estado — cultura es un Estado, sujeto a la razón de Estado, y cuando un Estado, consciente de su nueva potencia, se siente acosado por ambos lados por vecinos hostiles y potencialmente más poderosos tiene que adquirir por fuerza de circunstancias otro carácter. La cultura se funde en el poder. El cambio es obvio en los setenta y cinco años de historia de la Alemania unida. De 1945 para acá, hemos presenciado una transformación análoga en otro Estado nuevo que empezó como un ideal cultural, pero luego se convirtió, necesariamente, en un Estado nacional que responde de un modo semejante a problemas parecidos.

Hace mucho tiempo, antes de los atroces acontecimientos de los primeros cuarenta, los idealistas judíos imaginaban que les sería posible vivir en inocencia en Palestina, es decir, en un "hogar nacional", en pacífica coexistencia con los árabes, para enriquecer junto con ellos su antigua tierra santa. Tales eran los sueños del barón Edmond de Rothschild y, más tarde, de Albert Einstein y muchos otros, en tiempos en que Palestina yacía dominada por extranjeros y era posible descargar los problemas y las responsabilidades del poder en los otomanos o los británicos. Cuán poco presintieron lo que les deparaba el futuro: un Estado independiente, menor en extensión que Gales, agresivo, expansivo-

nista, que parte a sus Estados vecinos, que convierte a los súbditos conquistados en ciudadanos de segunda, que realiza razzias preventivas —mini *blitzkriegs*— al otro lado de sus fronteras: la Prusia infante del Oriente Medio. Y sin embargo, esta condición estaba probablemente inscrita en la primera por el imperativo de la razón de Estado.

He mencionado también las "mentalidades", otro imperativo no menos potente, aunque nos ha llevado más tiempo aislarlo. Para los historiadores, en la actualidad, la palabra se ha convertido en un término del oficio. Lo debemos a la escuela de los *Annales*, a Lucien Febvre, en cuyo honor y por lo general lo pronunciamos en francés, *mentalités*. Con ello significamos esas estructuras de pensamiento que, como se admite ya en la actualidad, no son, como querrían hacernos creer los marxistas, simples epifenómenos, sino —al menos cuando ya están plenamente establecidos— sistemas independientes, tan coercitivos como cualesquiera otras inhibiciones más tangibles. Yo descubrí su plena significación y su fuerza al estudiar el furor colectivo desatado contra las brujas en los siglos XVI y XVII, y caí en la cuenta de lo imposible —sí, imposible— que resultaba inclusive para los espíritus más esclarecidos del Renacimiento perforar ese muro. Podían maniobrar para no estrellarse contra él, darle la vuelta, dudar de su pertinencia respecto de ellos mismos, ignorarlo, negarse a tomar nota de los ornamentos y refuerzos añadidos a últimas fechas; pero no podían abrir brecha en él, ni hacerlo saltar por los aires, hasta que el sistema intelectual entero del cual formaba parte hubiera empezado a desintegrarse. Lo mismo podría decirse de todos los credos ideológicos que, en tanto se mantienen firmes, entumescen una parte de la mente y la privan, en ciertas direcciones, de su capacidad crítica, de su plena libertad de opción. Quizá creamos que tarde o temprano la razón triunfará sobre las ideas irracionales. Pero no tenemos derecho de hacerlo así. Mientras esas creencias formen parte integral de una *mentalité*, la razón que actúe dentro de esa *mentalité* no hará más que corroborarlas. La obra de sir Edward Pritchard, *Witchcraft Among the Azande*, ilustra maravillosamente esta verdad, y eso que es, o fue, verdadero para el amable paganismo del Sudán del sur es igualmente cierto de todas las religiones, hasta que se las extirpa del corazón de una cultura y se las transfiere a los departamentos universitarios de estudios sobre la religión.

## II

Lo cual me conduce a lo que es de seguro uno de los más grandes entre los momentos perdidos de la historia. No estoy cierto si debo llamarle perdido o ganado —las opiniones se dividen al respecto—, pero, claro, cada pérdida es también una ganancia para la parte contraria. Me refiero a la captura del imperio romano y, por ese medio, de nuestra civilización occidental, por parte del cristianismo. ¡Qué acontecimiento extraordinario y totalmente impredecible! Aunque ¿cuál gran

acontecimiento histórico ha sido posible de prever? Volviendo los ojos hacia los primeros cuatro siglos del imperio romano, podemos ver la lenta desintegración de la cultura helénica y la religión de Estado romana. Advertimos la difusión de las religiones místicas del Oriente, religiones de salvación, y las vemos en el siglo tercero compitiendo entre sí por el alma perdida del imperio en desbarajuste: Pero ¿cuándo murió de hecho la vieja cultura? Y ¿cuál fue el momento crucial de un cambio tan tremendo, un cambio que determinó la religiosidad de Occidente para mil 600 años?

Hubo un momento —quizás hacia fines del siglo III— en que pareció que la competencia estaba abierta. ¿Quiénes eran los probables ganadores? ¿El mitraísmo persa, cuyos templos aparecen donde quiera que hubo legiones romanas estacionadas: en España, en Marruecos, en el Rin, en el Danubio, en Londres y a lo largo del muro de Adriano? El emperador Diocleciano, apenas unos años antes de Constantino, declaró a Mitra protector del imperio, así como su predecesor Aureliano había hecho otro tanto con el dios solar Bel, de Siria. ¿O sería el hermetismo sincrético de Egipto, que tan profundamente penetró en el imperio romano? ¿O acaso sería posible revitalizar el viejo paganismo de Roma, eviscerado por la filosofía griega, mediante la admisión de nuevas deidades en su atestado Panteón? Como bien sabemos, ninguna de estas opciones prevaleció. Pero ¿en qué momento, nos preguntamos, y por qué, una herejía judía, llegada de Palestina, una herejía provincial de una religión menospreciada, luego exportada y transformada, pudo tomar una delantera tal que un tirano brutal, que se había apoderado del trono guerreando, estimó conveniente adoptarla para sí?

Los viejos historiadores, a fuer de buenos cristianos, tenían una respuesta fácil: el cristianismo prevaleció porque era la verdad. Todavía en el siglo XIX era posible creerlo. Pero no ahora. Ahora tenemos la obligación de buscar el momento, inquirir la causa; acaso para tener que admitir, al final, que como cualquier otra grande y final victoria, la victoria de Cristo sobre sus competidores se obtuvo, qué diablos, por un margen muy estrecho.

Es posible que, al final, la diferencia no haya resultado tan grande. Es posible que, de haber triunfado, el mitraísmo hubiera terminado por absorber la sustancia de los otros, así como al triunfar el cristianismo absorbió los dioses y los misterios paganos, de manera que habiendo empezado como protestante terminó siendo católico. No se olvide que es en el día sagrado de Mitra, el 25 de diciembre, cuando celebramos el nacimiento del dios salvador, o que Hermes, ya vencido, sería revivido como precursor de Cristo. De manera que seguiríamos conservando algunas de las doctrinas centrales del cristianismo bajo otro manto. Aún tendríamos un dios resucitado y un ágape tribal; ni tampoco podríamos excluir la posibilidad de que nuestros teólogos hubieran inventado doctrinas tan curiosas y refinadas como las que emergieron de los concilios cristianos. Sin embargo, también hubiera habido ciertas

diferencias. Nuestra historia y literatura no tendrían su contenido hebreo específico. Se hubieran necesitado otras pruebas que no las "profecías" del Viejo Testamento para convencer a Pascal o para ser refutadas por Voltaire. O quizás, si el paganismo hubiera resistido otros doscientos años, como ha sugerido Jacob Burckhardt, el imperio romano hubiera abrazado el Islam, y todos hoy seríamos musulmanes: con una diferencia, por supuesto, que subrayaríamos nuestra autonomía respecto de ese Vaticano que sería La Meca, de igual modo a como escoceses e irlandeses han querido ser un tanto diversos de los ingleses. Sería posible que fuéramos shifitas, gobernados por un Gran Ayatola en Lambeth: idea grata en verdad.

¿Hemos sido expulsados del avión? Quizá yo sí. Siento la embestida del aire frío, como si estuviera yo a punto de caer en las nubes, que ocultan un abrupto pico. Pero no, aún tengo de dónde sujetarme. Así que déjese me gatear de regreso a mi asiento para atarme el cinturón de seguridad. Ahora recuerdo que mi asiento estaba en la fila dieciséis o diecisiete, en esos siglos. ¿Hay en la Inglaterra de esos tiempos un momento perdido de nuestra historia, comparable con el momento perdido de los Países Bajos señalado por Frances Yates? Para mí que lo hay, y procederé a demostrarlo.

El siglo XVII solía ser descrito como el siglo de la revolución. En su mitad hubo en Europa "seis revoluciones contemporáneas", incluida una en Inglaterra. La llamada revolución puritana; que cuarenta años después fue completada por la llamada (advértase cuán cauto me he vuelto) la Gloriosa Revolución, cuyo tercer centenario podremos celebrar en este año. Es cierto que los historiadores "revisonistas" se han afanado en devaluar estas revoluciones, pero aún no han demostrado que no ocurrieron, y lo cierto es que aún vivimos algunas de sus consecuencias, buenas y malas. Las malas son probablemente el precio que ha de pagarse por las buenas, pero ¿era necesario que lo pagáramos? ¿Es preciso quemar siempre la casa para comer lechón asado? El precio más gravoso que hemos pagado por ciertas libertades innegables fue la discriminación de los católicos romanos, excluidos de la vida pública por siglo y medio, y el problema de Irlanda, donde las repercusiones de una política particularmente represiva hoy siguen atormentándonos. Nada de esto era predecible en 1600; todo ello fluyó de un curso de acontecimientos que empezó en ese año fatal de 1641.

Si hay un episodio del cual pueda decirse que originó la presión por la cual la reforma de 1640 se convirtió en la guerra civil inglesa de 1642, fue la rebelión de Ulster de 1641. Si hay algún factor que contribuyó a que la guerra civil se agriera y prolongara, fue el involucramiento de ambos bandos en las ciénegas de Irlanda. Si algunos episodios dejaron en ambas partes inextinguibles remembranzas populares, fueron, por un lado, "la masacre irlandesa", con que empezó ese melancólico capítulo de historia, y por el otro la reconquista de 1649-1650 por Cromwell, con la que en apariencia se cerró aquél. La verdad es que no fue así: lo único que

se consiguió fue preparar el camino para un proceso ininterrumpido de expropiaciones, discriminación y expulsiones. En la segunda revolución, la de 1688, la pauta volvió a repetirse. A semejanza de su padre, Jacobo II trató de usar a Irlanda en contra de sus súbditos ingleses a manera de convertirla al final en un reino aparte bajo la protección de Francia. Como Cromwell, Guillermo de Orange la reconquistó dejando un legado que continúa agobiándonos. Elimínese la rebelión irlandesa de 1641 y véase cuán distinta hubiera sido la historia posterior, no sólo de las relaciones anglo-irlandesas sino también en Inglaterra.

¿Por qué Irlanda se convirtió en un tema tan delicado para la política inglesa? Por un lado, era evidentemente nuestra puerta trasera a través de la cual trataron de atacarnos nuestros enemigos del exterior, primero los españoles, después los franceses. Para nosotros fue lo que Polonia fue para Prusia, una vez que Prusia se volvió poderosa y Polonia débil: por eso, movidos por el miedo, la tratamos de modo parecido: colonización, expropiación, discriminación, división. También la respuesta fue parecida: un nacionalismo exacerbado inflamado por diferencias religiosas, diferencias religiosas inflamadas a su vez por un nacionalismo cada vez más despierto. Pero no siempre fue así. En 1603, el primer año de Jacobo I, Irlanda había sido "pacificada", y durante su reinado había permanecido en paz. Verdad es que en Irlanda había un tejido social protestante y que, en Dublín, un seminario protestante propagaba (cuando menos entre sus afines) el evangelio protestante; también había colonos y protestantes que presionaban sobre las tierras ociosas. Pero aún no se advertía la menor señal de que estuvieran incubándose conflictos. En Ulster había colonos escoceses instalándose —¡cuán conveniente resultaba que, por efecto de un feliz acaso dinástico, el rey de Escocia fuera entonces rey de Inglaterra y Señor de Irlanda!—, pero sin duda alguna terminarían siendo asimilados; después de todo, colonos irlandeses de Ulster, los escoceses originales habían sido absorbidos por Escocia y le habían dado su identidad y nombre. En apariencia, los católicos irlandeses vivían en armonía con sus vecinos protestantes, se sentaban con ellos en el parlamento irlandés y representaban intereses irlandeses. Podríamos añadir, entre paréntesis, que en esa misma época Polonia, país de tres religiones —católica, protestante y sociniana— era un modelo de tolerancia religiosa para Europa. El holandés ecuménico Hugo Grotius la citaba como tal. En teoría, cuando menos, el camino estaba abierto hacia una coexistencia pacífica bajo una corona común.

¿Lo propuso alguien así? Un hombre lo hizo. Desde el principio, Francis Bacon propugnó un nuevo curso en Irlanda. En el último año de la reina Isabel, antes de que se completara la pacificación, insistió en que no debería haber derramamiento de sangre "en ese miserable y desolado reino", en que se brindaran garantías de que "Su Majestad no se complace en derramamientos de sangre ni en desarraigos de viejas generaciones", y

en que la tolerancia religiosa quedara garantizada por un período indefinido. Mientras tanto, se impartiría instrucción a través de escuelas y ministros subvencionados, se publicarían las Escrituras en el lenguaje vernáculo y la justicia sería igual "entre ingleses e irlandeses... como si fueran una sola nación". A lo largo de todo el reinado de Jacobo I, Bacon insistió en esta política mediante la cual, pensaba, "la última de las hijas de Europa" podría ser "rescatada de la desolación y de un desierto (en muchas de sus partes) para ser poblada y plantada, y de unas salvajes y bárbaras costumbres para ser convertida a la humanidad y la civilidad". Pensaba que debería haber plantaciones, pero los plantadores deberían llegar aportando capital para el desarrollo; de ninguna manera deberían tolerarse aventureros muertos de hambre. Y las cuestiones religiosas deberían manejarse "con la debida templanza e igualdad, no sea que una Irlanda civil nos resulte más peligrosa que una Irlanda enfurecida".

"Ningún desarraigo de viejas generaciones", justicia equitativa "como si se tratara de una sola nación", nada de aventureros famélicos, tolerancia, templanza... ¡cuán absurdamente irónicas habrán parecido estas expresiones un siglo más tarde! El más grande y más escrupulosamente preciso historiador del siglo XVII inglés durante el siglo XIX, S. R. Gardiner, escribía refiriéndose a Bacon que, de haberse puesto en práctica su programa, "hubiera significado evitar los males del medio siglo siguiente... A la humanidad le hubiera beneficiado que la guerra civil se hubiera vuelto imposible, al menos tanto como le benefició la composición del *Novum Organum*". Gardiner escribía sobre el diseño político de Bacon para Inglaterra. Quizás podría decirse lo mismo de su política para Irlanda.

Pero ese momento, si efectivamente se dio, se perdió. Y al perderse para un país, también se perdió para el otro. Cuando los historiadores vuelven los ojos atrás, descubren una causa tras otra de nuestra guerra civil. Para algunos, parecería que fue preordinada en el siglo precedente; según otros se generó en los accidentes de la alta política del momento. Dado que ambas tesis han sido planteadas simultáneamente por contemporáneos, no tenemos mucha esperanza de resolver la controversia. Hasta cierto punto, las respectivas posiciones parecen derivarse de lealtades políticas: los *Roundheads* creen en antiguas causas estructurales, los *Cavaliers* en modernos accidentes políticos.<sup>1</sup> Pero entonces, como ahora, se aceptó que si hubo un momento en que la crisis inglesa, si bien no hubiera podido resolverse (esperanza harto ambiciosa), por lo menos se hubiera podido impedir que degenerara en guerra civil, ese momento se dio en el otoño de 1641. Strafford, el terrible personero de Carlos I en Irlanda, ya para entonces había sido ejecutado, o sea, sacrificado por igual a los católicos y los protestantes de ese país. El ejército escocés, habiendo cumplido con su papel, recibió su paga y se le devolvió a su tierra. Es decir, el problema quedó reducido a su marco inglés. Sin duda alguna, dentro de ese marco resultaría soluble. Cuando se firmó el tratado con los escoceses, hubo manifestaciones de regocijo

público en Inglaterra. Por todos los rincones del país las campanas de los templos se echaron a vuelo, y tanto la prensa como el púlpito proclamaron "el jubileo y la resurrección de la Iglesia y el Estado".

Como es natural, los políticos de ambos bandos se manifestaron más cautelosos; sin embargo, dado que nadie quería la guerra civil ni estaba preparado para ella, se podía abrigar al menos la esperanza de un arreglo gradual. ¡Qué distinto hubiera resultado el curso de la historia si, por los medios que se quiera, se hubiera llegado a ese arreglo! La rebelión irlandesa, funesto legado de Strafford, los temores que suscitó y fueron aprovechados, los problemas de mando (y finanzas) a que dio origen, así como las oportunidades que brindaba, todo eso reavivó los rescoldos de un incendio en cuyas llamas tanto habría de consumirse. Una vez desatada la guerra civil, con el Parlamento en peligro de sufrir una derrota, se volvió a traer a los escoceses a Inglaterra y a la política inglesa. El rompimiento entre el rey inglés y su parlamento se convirtió en el interminable embrollo de la "Guerra de las Tres Naciones" que no terminaría en una solución política, sino en una revolución y una conquista militar en las tres. Por eso, cuando reflexiono sobre las largas consecuencias de las revoluciones inglesas del siglo XVII —la polarización política y la discriminación social que se prolongaron hasta el siglo XIX, y el problema irlandés que aún hoy continúa— veo el año de 1641 como el momento más obviamente perdido de nuestra historia, el equivalente de ese otro momento, sesenta años antes, en los Países Bajos.

A esto un crítico responderá diciendo que todo esto es una pura especulación, que dadas las circunstancias, tanto aquí como allá el drama era inevitable: en cada caso actuaban fuerzas que volvieron imposible un arreglo pacífico. Quizá es cierto; nunca tendremos seguridad alguna al respecto. Pero es entonces cuando otra pregunta yergue la desconcertante cabeza. Si las revoluciones que acontecieron eran inevitables ¿qué de las revoluciones que no sucedieron? ¿Por qué, por ejemplo, no estalló una revolución en Inglaterra a fines de los mil seiscientos veinte? En esos años la situación era tan explosiva como en 1641-1642, las pasiones estaban igualmente inflamadas, la situación económica era, si acaso, peor; y por si fuera poco había peste en el país y derrota militar en el exterior. A primera vista, el peligro de revolución era mayor entonces que después; la gente parecía esperarla, mientras que en 1641 no la esperaba para nada. Quizás hubiera habido revolución si el duque de Buckingham no hubiera sido oportunamente asesinado. De igual manera, probablemente no hubiera estallado la revolución en 1641 si Carlos I hubiera muerto con toda oportunidad, del mismo modo como en 1650 se evitó la revolución en los Países Bajos gracias a la repentina muerte de Guillermo II, Príncipe de Orange. Es posible que Felipe II tuviera razón al pensar que ése era el mejor método para tratar con Guillermo I.

Piénsese también en la no revolución inglesa en los mil ochocientos cuarentas, los "famélicos cuarentas", los años del *Chartist*<sup>2</sup> y la hambruna en Irlanda, de las "dos naciones" de Disraeli y los lúgubres vaticinios



de Carlyle. En esos años, como en los mil seiscientos cuarentas, hubo revoluciones por toda Europa. De haberse extendido a Inglaterra no hay duda que los historiadores hubieran dicho que la revolución era inevitable. Después de todo, muchos la esperaban, al paso que nadie la había esperado en los mil seiscientos cuarentas.

Esa es una razón para recordar los momentos perdidos de la historia, para mantener abiertas, por así decirlo, las opciones del pasado que la historia, en cuanto simple registro de hechos, ha cerrado. Es decir, que si lo único que nos interesa es que están cerradas ¿cuál es entonces la intención última de nuestros estudios? El pasado es pasado; no se le puede transformar en otra cosa; ¿para qué desenterrar a los muertos? Mi contestación es que el pasado no está muerto sino vivo; y que si no reconocemos que está vivo, y vivimos con él, lo cuestionamos, y enfrentamos las alternativas del pasado tal como fueron enfrentadas en su momento, también nuestra historia estará muerta y más valdría la pena enterrarla, a menos que, por una especie de necrofilia, disfrutemos yaciendo junto a ese cadáver que no ofrece resistencia.

Uno de mis doctos y respetados colegas ha escrito, con una buena dosis de satisfacción al parecer, acerca de la muerte del pasado. A mí me place pensar que la información sobre su muerte se ha exagerado. O quizás debería yo decir que el pasado, que es nuestro, puesto que a través de nosotros se vincula con el futuro y se vuelve continuo con éste, está tan vivo como nosotros queramos. Mi esperanza es que nosotros, en cuanto historiadores, lo mantendremos constantemente en vida, no como una simple forma de entretenimiento —lo que sería legítimo, como función, si bien limitado—, ni tampoco —menos simplemente— como materia de exámenes y tesis, que equivaldría a mantener

el cuerpo desenterrado y refrigerado, sobre una plancha de *necrocomio*, para demostraciones anatómicas, sino como medio para entender el mundo y nuestro lugar en él, o sea, cómo fue que lo heredamos, mediante cuáles esfuerzos lo mantenemos, a través de cuáles errores o accidentes podemos perderlo. Porque una nación que ha perdido de vista su historia, o que por efecto del desecante profesionalismo de sus historiadores se aparta del estudio de ella, sufre una amputación intelectual y quizás política. Pero esa historia debe ser historia en el pleno sentido del concepto, es decir, flexible y consciente en cada punto de las alternativas y las limitaciones. De lo contrario, se transforma en un ritual fúnebre, en una tradición anquilosada, en un mito nacional o de partido. En nuestro tiempo hemos conocido suficientes mitos históricos para entender cuán atrofiaes o incluso, a veces, cuán desastrosos pueden ser.

## NOTAS:

<sup>1</sup> En tiempos de Carlos I y Oliver Cromwell, un *Roundhead* era un puritano o un miembro del partido parlamentario que se opuso al rey durante la guerra civil inglesa. El apodo tenía una connotación despectiva puesto que en esos años (1640 - 1660) solamente las clases bajas llevaban el cabello corto. Un *Cavalier* era un soldado de origen noble a caballo; el término se aplicaba en particular a los partidarios de Carlos I. Trevor - Roper aplica estos términos a los historiadores que se identifican hoy con uno y otro de esos bandos del siglo XVII (*N. del T.*).

<sup>2</sup> *Chartism*, de *Charta* o carta. Fue un movimiento radical democrático sobre todo de las clases trabajadoras, que se dio en Inglaterra entre 1838 y 1850 más o menos. Derivó su nombre de la *People's Charter*, un programa de seis puntos, a saber: sufragio universal para los varones, igualdad entre los distritos electorales, voto por cédulas, parlamentos anuales, abolición del requisito de ser propietario para los representantes en el Parlamento y pago de honorarios a éstos (*N. del T.*).

## POLONIA, HUNGRÍA, CHINA, CUBA

Cambios grandes y extraordinarios han ocurrido en el mundo del Este durante los últimos meses. En números próximos nos ocuparemos de la transformación democrática en Polonia; de la rehabilitación de Imre Nagy en Hungría; de la decisión de la Unión de Escritores de la URSS de admitir nuevamente a Solzhenitsyn entre sus miembros y publicar *Archipiélago Gulag*, la obra que condujo al escritor ruso al exilio; de los sesgos sorprendentes de la política exterior de Gorbachev. En contraste con estos avances de la libertad, habremos de ocuparnos también de los significados de la atroz matanza en China —¿último zarpazo de un tigre herido?— y del capítulo más reciente de los procesos de Moscú que se han escenificado en Cuba. Nos sorprende el tono menor con que la prensa ha informado sobre los fusilamientos de altos oficiales del ejército cubano, como si quisiese restar importancia a estas ejecuciones de antiguos compañeros de armas de Castro. El periódico *La jornada*, en un editorial, ha llegado a aceptar, sin pestañear y sin examinarlas, las afirmaciones del gobierno cubano sobre la culpabilidad de estos oficiales. Nos sorprende menos el silencio casi total de muchos intelectuales mexicanos ante los hechos: después de todo, son los mismos que no hace mucho condenaron a los escritores que se atrevieron a pedir a Castro un plebiscito y que años antes cubrieron de calumnias a Solzhenitsyn, para no hablar de su actitud ante la revolución de Hungría. No cabe duda: el último stalinista de la historia no morirá en la URSS, sino en América Latina.